



Por
**MANUEL
ALVAR**

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HACIA MIGUEL HERNÁNDEZ

LEOPOLDO de Luis recoge en este libro diversos artículos a los que da unidad la vida y la obra de Miguel Hernández. Son trabajos heterogéneos y de muy diverso significado; por eso su valor es diferente: unos valen como testimonio biográfico; otros, como enjuiciamiento crítico. Siempre, sin embargo, hay motivos de aceptación y de utilidad. Y eso porque el gran poeta oriolano es una fuente inagotable de sugerencias. De ahí que el título de la obra sea modestamente cauto:

«Aproximaciones». No hay la pretensión de agotar nada (tarea imposible), sino de proyectar alguna racha de luz y entender esta poesía desde la experiencia de otro gran poeta. Por eso es necesario el primero de estos estudios: enmarcar la figura del hombre que llega desde su provincia para ponerse en contacto con los grandes creadores de un período áureo de nuestra literatura y los movimientos europeos que por aquellos años florecen. Leer esas pocas páginas impresiona: tanto había para gloria nuestra y tanto dolor nos producen las ausencias.

Situado en este ambiente de excepción, Miguel olvida unas cosas y se apodera de otras. No podemos decir que una fácil dicotomía llegue hasta aquí. Y el corte cruelmente caiga. Leopoldo de Luis editó -y muy bien- los versos del poeta. Y tuvo la sagacidad de valorar lo que otros editores no han tenido en cuenta y han perdido algún camino por el que llegar a la explicación total de los más bellos poemas.

En el libro hay dos ensayos («Pastor poeta / poeta pastor» y «El tema del toro») que nos hacen pensar en su poesía terruñera, aquella que mejor reflejaba la presencia toda de Miguel («*Llevo cubierta de montes la memoria / y de tierra vinícola la cara, / esta*

cara de surco articulado). Porque él fue una inmensa voz de su tierra (y de su pueblo) y los términos locales con los que salpica sus versos (gobierno, pozal, garbillo, merla en vez de veleta, cubo, ahechar, mirlo), los numerosos murcianismos (cobar «incubar», cerriche «cardillo», alábega «albahaca», baladre «adelfa», etc.), los aragonisismos que duran desde la Reconquista. Lo he dicho: el sentido idiomático del poeta le lleva a esa perfección «cuando la vida es, ya, una infancia desarraigada o un silbo vulnerado». Si no se saben los versos primerizos del poeta, para mí imprescindibles, no cobrará sentido tanta voz enraizada y nada libresca. Es el poeta que imita a Góngora, a Calderón, a Quevedo, a Lope o a fray Luis. Y es que la edición de Leopoldo de Luis nos hizo ver su vinculación con Vicente Medina, el gran nombre de la tierra que repudiaba del panocho, pero que amaba el habla popular. Lo dijo cuando grabó para el «Archivo de la palabra» (1933) y lo practicó siempre, desde sus «Aires murcianos», a los que José Martínez Ruiz les puso prólogo (1898). Son «Los nudos del tapiz».

No debe extrañarnos nada de esto. Juan Ramón Jiménez sintió devoción por el poeta murciano; se dirá todo lo que se quiera, pero el testimonio es bien explícito: «cuya maravillosa «Cansera» me sabía yo de memoria». Sí, de Vicente Medina salió «La carbonerita quemada», una de las bellísimas «Elegías para los niños sin corazón». Esto es evidente, habrá que estudiar también si el teatro de Vicente Medina pudo

establecer algún nexo con el auto sacramental de Miguel. Es cierto que Medina hizo literatura comprometida, y compromiso hay en muchas páginas de Miguel. La vida o la historia impiden la libertad del hombre. Todo ello son fórmulas literarias que no caben aquí. El libro de Leopoldo de Luis nos va dando muchas referencias de la gran obra de Miguel (el toro en sus versos y el enojoso trabajo en la enciclopedia de Cossío) y la tarea, modesta y erudita, de depurar textos para tener una edición definitiva. Pero pueblo son otros temas más allá de los lingüísticos o el de sus reses bravas; es el uso del romance. El poeta había publicado las octavas de «Perito en lunas», tan gongorinas como la «Fábula de Equis y Zeda», de Gerardo Diego, los sonetos del «Rayo que no cesa». Pero en el fragor de las armas, fue el romance la estrofa que vino a contar: estructura poemática arraigada en toda nuestra tradición literaria y que resurge de los más hondos hontanares cuando la épica vino a sustituir a la lírica. Dudo que sea válida la afirmación de Benjamín Jamés al decir que son romances juglarescos y no populares. Confunde dos hechos diferentes, pues hay romances juglarescos de corte bien popular. Que estén firmados tampoco me parece que sea motivo de censura: cuando se tradicionaliza un texto, se olvida el autor (porque también tuvo autor el

texto popular; si no, que lo diga Manuel Machado) y el texto se adapta a las nuevas recitaciones. Los romances de guerra no fueron juglarescos, y dudo que populares. Les faltó tiempo para su difusión y su hundimiento en el mar del anonimato. Las notas eruditas que pone en su libro Leopoldo de Luis son valiosas: acaso influencias de Virgilio, del libro de Job, de Vicente Barrantes, del Greco. La interpretación de textos difíciles merece muchos elogios (por ejemplo, «Sonreídme», «Alba de hachas», «Eterna sombra»). Son páginas de exégesis literaria que difícilmente se olvidan. Después vino la guerra civil y todo se trastocó para el crítico: Miguel fue «el más auténtico poeta» que tuvo la tragedia, y se hizo portavoz de angustias, de dolores y de esperanzas. Se perdió acaso el grandísimo poeta que era, aunque nos dejara «el tema de España» que sigue lacerándonos y, desde él, en la cárcel ya, se cantan las «Nanas de la cebolla». En la guerra todos acabaron -o acabamos- siendo culpables, y culpa grande fue no haber salvado a la voz que vino a ser más, la más, limpia de nuestra poesía moderna.

Volvamos al principio. Me interesó hablar de un Miguel Hernández olvidado y Leopoldo de Luis, casi al despedirse, plantea el problema de la anecdótica de los textos. Seguimos necesitando la edición crítica de los versos (¡cuántas diferencias en las dos versiones del «Rayo que no cesa»!, creo que ese sería el comienzo de un mito verdadero, amasado con tierra, alimentado con tierra, como si Yaveh estuviera creando de nuevo al hombre. Leopoldo de Luis ha escrito unas veces desde su objetividad, otras desde su pasión. El libro, misceláneo, sin embargo, no es un libro disperso, sino útil. Démosle las gracias. ■

Leopoldo de Luis, «Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández». Ensayo. Libertarias / Prodhufi, S. A. Madrid, 1994.